

Nicolás FREELING

Boomerang



*La más insólita aventura
del inspector Van der Valk*

Van der Valk, plácido y más bien escéptico inspector de la Policía de Amsterdam, no está excesivamente bien visto por sus superiores, pero sus cualidades de tacto y sentido de observación le valen a veces misiones delicadas, en particular aquellas en las que las tácticas del policía convencional se revelan ineficaces. Así, Van der Valk aparece en Zwinderen, pequeña ciudad provinciana en fase de industrialización al nordeste de Holanda, para esclarecer un sórdido y mezquino caso de cartas anónimas, que han provocado ya dos suicidios. Aunque su esposa francesa, Arlette, le acompaña, el inspector sólo tropieza con dificultades, la barrera infranqueable de la intolerancia religiosa, social y política de los habitantes de la región. Sus investigaciones sobre un caso en apariencia rutinario de «cartas envenenadas» ponen inesperadamente al descubierto algo monstruoso, un crimen contra la humanidad. ¿Qué hacer entonces, debe preguntarse Van der Valk, ante un crimen o un criminal de semejante magnitud?

PARTE PRIMERA

HAPPENSTANGE

1

Qué a menudo ocurre. Nos imaginamos una situación, o incluso construimos un caso hipotético completo a lo largo de una discusión. Puede hacerse medio en serio, puede hacerse como una broma. Pero a la semana siguiente se convierte en realidad. Hay algo risible en esto, incluso cuando la realidad es desagradable.

De vuelta en mi despacho, me reí, pero esta pequeña irreverencia pudo haber sido un intento de contrarrestar la premonición de que las siguientes semanas resultarían muy desagradables. Fue algo ridículo, y ahora, a cierta distancia, bastante divertido, pero fue siniestro, terrible y definitivamente trágico.

Así fue. Me había dedicado a teorizar con toda la pomposidad del mundo. Y hoy mi hipótesis se me presenta completa en todos sus detalles.

Para mucho me van a servir ahora mis teorías. Lo más probable es que me aplasten mi clásica y burlona nariz.

La culpa es de mi mujer. No es que lamente que Arlette sea francesa; eso a menudo me ayuda a recordar que

no debo ser tan típicamente holandés cuando intento comprender ciertas cosas. Después de doce años todavía se rebela contra Holanda, y a veces se encuentra a disgusto en ella. Se niega a aceptar como propias algunas de las actitudes que son naturales en cualquier mujer holandesa, que arrastra tras sí generación tras generación de lo que Arlette llama reflejos condicionados. La frase no es del todo desacertada. Suena a los perros de Pavlov, y desde luego tienen mucho en común con ellos.

No hace ni siquiera una semana. Era por la tarde. Arlette estaba leyendo el periódico y yo estaba sentado apaciblemente, heroicamente ocioso. Posiblemente tendría los pies apoyados sobre la mesita para poder apreciar la intrincada belleza de mis calcetines de lana gris, tres florines en las rebajas de enero, que acababan de terminar. El muro de papel de periódico que tenía enfrente crujió con indignación. Una voz exclamó:

–¡Pah!

–¿Qué es eso de pah? –No es que estuviera muy interesado, lo dije por decir algo.

–Es un anuncio de un detergente. Entre el encabezamiento, subtítulo y cinco líneas de texto, la palabra «nuevo» está repetida seis veces. S-E-I-S.

–Ach. Siempre que quieren venderle algo a un ama de casa le cuentan la novedad que aportará a su gris existencia.

–Pero seis veces...

–Es una palabra mágica. Todo aquello que está bien considerado en Holanda es nuevo, ya sea el suelo de la cocina o una chica bonita.

Arlette resopló.

–A partir de ahora todo lo que compre decididamente no será nuevo.

–Ja. El otro día leí una crítica de cine. Ya sabes, una película de esas que se supone que ponen al descubierto las verdades sobre la industria de la prostitución. Según el crí-

tico, era «decididamente nada nueva»... Casi se le podía ver tapándose la nariz.

–Quiero ir a verla inmediatamente.

–Me gustaría saber cómo calificaría él mi vida cotidiana.

–No todo lo nueva que nosotros quisiéramos.

Tuve una idea, que con efecto moderadamente galvánico, dirigió mis pasos hacia la librería. Hay un libro lleno de anotaciones. Probablemente sean estúpidas, pero no tengo más que imaginarme a Luis XVII escribiendo notas al margen de su Horacio, mientras Napoleón venía en camino desde el Elba. Van der Valk pretende ser civilizado, mientras Amsterdam se refocila entre crímenes nada nuevos. Pobre tipo; está cansado.

–Tú no comprendes lo que es Holanda. Escucha. Éste es Stendhal, hablando sobre la América de 1820. Lo que representa la puritana Nueva Inglaterra, cien años después del proceso de las brujas de Salem. ¿Por dónde iba...? Sí... «La alegría física de los americanos desaparece cuando cumplen los veinte años. El hábito de razonar, de la precaución, de la prudencia, hace imposible el amor». ¿Qué te recuerda eso? Se refiere, por cierto, a un clima hostil hacia el arte o a la literatura.

–Suena bastante a Holanda.

–O esto, en donde describe una historia de amor en la protestante Alemania del Norte. «El sol brilla pálidamente sobre Halberstaat; el gobierno es muy especial y estos dos personajes resultan bastante fríos. Hasta en las más apasionadas conversaciones íntimas están siempre presentes Kant y Klopstock».

–Ríete todo lo que quieras, a mí no me parece que tenga gracia.

–Lo dice él. Alégrate de vivir en Amsterdam. Piensa en lo que sería vivir en una ciudad provinciana de Drente y descubrir que allí el asesinato es un crimen, de acuerdo,

pero que es mucho peor quedarse dormido en mitad de un sermón.

—¿Es ése el peor de los crímenes?

—Bien pensado, creo que el más grave sería hacerle el amor a tu propia esposa en el cuarto de estar a media tarde.

2

Estaba en mi despacho de la Mernisxstraat a la mañana siguiente, descifrando un largo y tedioso informe acerca de un fraude bancario. Holanda es un extraño país. Todo se fragmenta, se organiza y se somete a un grueso manual de instrucciones, y aparece aquí el tesorero de una gran empresa especulando alegremente con dinero que no era suyo, sin ser descubierto, e incluso sin que nadie sospechara nada de él durante largos años. Su apariencia, no sé si me comprenderán, resultaba tan absolutamente respetable, y los reglamentos eran tan ceremoniosos, que nadie podría comprenderlos bajo ningún concepto sin haber obtenido previamente al menos tres diplomas de tesorería. Sonó el teléfono. Mi superior, el Commissaris Tak de Central Recherche. Una vieja solterona, si las hay.

—¿Van der Valk? El Procureur-Général quiere verle. Inmediatamente.

—Oh, cielos, ¿qué he hecho ahora?

—Nada, que yo sepa.

—¿De qué se trata?

—No me lo han dicho. Lo mejor que puede hacer es ir al Prinsengracht y averiguarlo, ¿no le parece?

Me puse la chaqueta. La calefacción central estaba demasiado fuerte. Era un mes de febrero de los de verdad; ventoso, lluvioso. No hacía frío, pero aquí eso no significa que haya terminado el invierno. Es perfectamente probable que al día siguiente esté nevando.

–Un día fresco y agradable –me saludó mi colega al entrar esa mañana.

Compartimos una habitación. Hay espacio para nosotros dos, nuestros papeles, e incluso tal vez para una botella de cerveza, cuidadosamente oculta detrás de un informe sobre los robos de automóviles que hubo en 1938.

Se tardan cinco minutos en ir a pie hasta el Palacio de Justicia, los cuales pasé preguntándome porqué me las iba a cargar esta vez. El Procureur-Général es un personaje de lo más importante. Debería estar ocupadísimo presentando apelaciones ante el Tribunal de Casación o lo que sea, o codificando la moral pública, pero posee el don de encontrar siempre un rato para censurar las imprudencias de funcionarios sin importancia, y ése ha sido mi caso en más de una ocasión.

Hay que atravesar una barrera de pálidos consejeros legales antes de llegar al santuario donde los peces gordos escrutan pálidos papeles legales en medio de un silencio absoluto. En este lugar, todas las líneas telefónicas están vigiladas y, probablemente, hasta el último de los mecanógrafos se halla bajo algún terrible juramento-Acta Sobre la Seguridad del Territorio Nacional. 1823.

Al menos, la otra mitad de este gran edificio es más humana. Ahí es donde está el «Parquet» –los fiscales, los oficiales de la Justicia y el Tribunal de Menores–, y los policías se sientan junto con los criminales en los bancos, en una atmósfera de casi cordialidad. En esta mitad, la leche-de-la bondad-humana ha pasado por el autoclave. Real e irremediabilmente, es estéril.

Llegué hasta un secretario; un anciano de atildado pelo azul que carecía por completo de labios.

–Soy el inspector Van der Valk, traigo instrucciones del Commissariis Tak.

Aprobó con la cabeza. Cogió el teléfono interior y habló en voz baja. Con Vix Vaticana. Aquí el Cardenal Prímado, del Sagrado Oficio.

–¿Quiere hacer el favor de pasar?

El doctor Anthoni Seiler, gran conocedor de las leyes, es un hombre alto y enjuto, un poco rechinante. El cuerpo, la nariz, los labios, todo es largo y de una escrupulosa recitud. El pelo liso que se peina por encima de una frente alta y blanca, para ocultar su calva, es aún oscuro. Su mirada es directa. Sí, recta. Y su caligrafía es vertical y siempre legible, escrita con una buena pluma y tinta negra. Pero también es capaz de ser comprensivo. Incluso, como pude averiguar una vez durante una entrevista, por otra parte desagradable, tiene sentido del humor. Ácido, árido, pero humor.

–Ah, Van der Valk. Siéntese, siéntese. –Cogió una carpeta azul celeste de encima de su mesa, la abrió, la colocó de forma que quedara perfectamente paralela al borde del secante, y estudió el primer párrafo de su contenido. Fue una pausa corta, legal, pero preñada, dándome tiempo para preguntarme de qué estaba preñada.

–Se me ha planteado un problema poco común, y después de mucho meditar he llegado a una conclusión poco común. Por cierto, ¿ha estado usted alguna vez en Drente?

–No, señor.

–Estoy pensando en mandarle allí.

Pánico. Tuve una súbita visión de Luis XV ordenando con helada voz: «Monsieur Maurepas, se retirará usted inmediatamente a sus propiedades en el campo». Maldita sea. Yo dimito.

–Sería algo así como un alejamiento temporal, relacionado con una misión también temporal. Una misión poco común y delicada. Que requiere tacto y gran habilidad. Naturalmente, puede usted negarse, si así lo desea; esto no es una orden. Pero antes que nada, debe estudiar el contenido de esta carta.

Con calma, el doctor Sailer sacó un pequeño tubo de pastillas para la garganta, del bolsillo del pecho de su chaqueta, colocándose una con gran dignidad detrás de la

muela del juicio. Esto produjo una pequeña contracción, pero ningún abultamiento en su pulcra y afeitada mejilla.

–En algún momento –declaró con lentitud– he criticado su forma de abordar ciertos problemas. También he tenido ocasión de alabar su agudeza. Ya que este asunto requiere precisamente tal cualidad, le pido que la aplique, pero con más discreción de la que ha demostrado en algunas ocasiones.

–Gracias, señor.

–Entre todos los oficiales de policía de mi jurisdicción he pensado en usted.

–Gracias, señor.

–En consecuencia, gozaría de la absoluta confianza y apoyo de las autoridades correspondientes. Estando en posesión de esta confianza y este apoyo, es usted capaz de hacer honor a mi elección. Así lo estimo.

–Gracias, señor.

–Muy bien. Sin duda alguna estará usted pensando que Drente no se halla dentro de mi jurisdicción. El problema del que le hablo data ya de hace más de seis meses. Ha desconcertado –no es una palabra demasiado fuerte– a la policía municipal de una pequeña ciudad llamada Zwinderen, y a un inspector de Assen, y posteriormente se ha convertido en el objetivo de una investigación llevada a cabo por oficiales de la State Recherche, de la cual se ha obtenido un gran cúmulo de datos pero ningún resultado positivo. El caso pasó por fin a mi colega de Leeuwarden, que me lo ha mandado para que lo estudie, a ver si se me ocurre algo. Su conclusión es la de que un hombre de la ciudad –es decir, sin ninguna conexión con el lugar, e incluso sin conocerlo– podría superar los obstáculos hasta ahora surgidos. Estoy dispuesto, a condición de que usted acepte, a recomendarle como al hombre adecuado.

–¿Qué se puede decir ante eso?

—Ahora voy a darle las cartas relevantes de este dossier, para que las estudie.

—¿Puedo llevármelas a casa?

—Nuestros documentos no se llevan a casa. Se estudian aquí. No salen de este edificio. Hay una pequeña habitación donde podrá permanecer usted sin que le molesten. Utilice toda la mañana, si así lo desea. Informaré al señor Tak que le mantengo a mi disposición. Vuelva cuando haya tomado una decisión. Tendrá usted que decidir si se considera lo bastante competente como para tener éxito donde estos otros caballeros —un súbito brillo malicioso apareció en sus ojos— quedaron aprisionados en el pantano. Todo cuanto sé acerca de Drente es que está arriba, al nordeste de Holanda, entre Groningen y la frontera con Alemania. Es una provincia pobre, la tierra no es una gran cosa para cultivarla. Es un páramo húmedo y turboso. Lo que en Irlanda llaman «letrina». ¡Oh!

Bastante estupefacto, me dejé llevar hasta un cuarto pequeño y amenazador, y la chica de la fotocopidora me trajo un vaso de café. Después de leer las primeras veinte páginas de comentarios generales, lancé algo semejante a un gemido. ¿Por qué Arlette no se calló la boca? Veinte páginas más adelante, empecé a pensar que el asunto era bastante poco nuevo. Y sin duda por eso todos parecían haber pensado en Van der Valk.

3

—¿Y bien?

—Bien, señor. Quiero decir, sí, señor, acepto naturalmente. ¿Podría exponer unas cuantas y breves conclusiones? ¿O quizá mejor, unas cuantas medidas que creo sería necesario tomar?

—Por supuesto.

–Demasiados policías se han dejado ver ya. Si mandamos uno más, no llegará a ninguna parte; lo más probable es que le hinchen un ojo. Yo creo, señor, que, de ir, no debería hacerlo como policía. ¿Puedo formular una sugerencia?

–Podría ir como funcionario del Estado, con algún pretexto que explique mi presencia husmeando y haciendo preguntas. Un... un... qué se yo... un inspector de impuestos o algo por el estilo. Creo que nadie debería saber quién o qué soy.

Pensado. Rumiado. Duda lamentable. Reconsideración. Conclusión.

–Está bien visto. El burgomaestre tendrá que saberlo. Será usted responsable ante él, y puede hacerle informes verbales directos. Y acerca de ese... pretexto. Creo que es aceptable y que puedo arreglarlo todo. –Me dirigió una extraña sonrisa, aunque indudablemente legal–. ¿Le gustaría ser un delegado –un delegado de responsabilidad– del Ministerio del Interior? Eso, técnicamente al menos, no es falso. Es verosímil que desde La Haya envíen un delegado para hacer un informe extenso sobre los distintos aspectos de una ciudad de provincias. ¿Tal vez con vistas a una mayor expansión industrial en un distrito subdesarrollado? Mm, sus poderes de investigación deberán ser muy amplios, y extremadamente indefinidos. Estoy pensando a ver si se me ocurre alguna frase indefinida, que impresione, conminatoria... ¿Qué le parece decir que está llevando a cabo una Investigación Etnográfica? Esto no significa nada, y lo abarca todo. –Desde luego me había comprendido. Yo necesitaba cegar a los pequeños peces gordos de provincias con alguna cortina de humo.

–Me desagradan las conspiraciones, pero ésta es una situación nada ortodoxa. Es justificable el hacerle frente de forma poco ortodoxa –dijo meditativamente–. No me cabe duda de que se le podrá proveer a usted de aloja-

miento, medios de transporte, de una identidad, así como de diversos papeles que le serán necesarios.

Muy frío, realmente.

Echó mano al teléfono privado.

—¿Me haría el favor de ponerme con el Ministro del Interior, en La Haya?

—Hay una cosa más —dijo, mientras su llamada iba en camino de convertirse en otro discreto zumbido en otro despacho acolchado y forrado de madera—. Me gustaría que le acompañara su mujer. Puede tener que pasar algún tiempo allí, y si tiene usted que ser un típico funcionario del Estado completo y gris, aunque inteligente, necesitará una mujer para que le lleve la casa.

—Mi mujer es francesa, señor.

—Más vale una mujer francesa que nada —comentó el doctor Sailer con dulzura—. Ah, buenos días, Excelencia...

4

Una semana más tarde tenía un Volkswagen negro y una nueva identidad respaldada por papeles imponentes y no del todo incomprensibles. Teóricamente estaba haciendo un reconocimiento preliminar de Zwinderen, una pequeña ciudad comercial, que estaba sobrepasando rápidamente la marca de los quince mil habitantes, en un extremo del rincón nordeste de la provincia de Drente, a veinte kilómetros escasos de la frontera con Alemania. Como introducción oficial a esta nueva esfera tenía una cita con el burgomaestre.

El ayuntamiento era moderno, muy grande para una ciudad de ese tamaño. Extraordinariamente feo, lo pusieran donde lo pusieran. Mucho dinero y malgastado. La escalinata era enorme, donde se disponían los recién casados para la fotografía de rigor, los hijos de granjero francamente incómodos con sus sombreros de copa alquilados.

En Holanda ni siquiera le casa a uno el alcalde con la banda puesta. Lo hace un personaje cuyo título es el de «Funcionario del Estado Civil»; no hay nada más holandés que eso. En consecuencia, la escalinata del ayuntamiento tiene que ser bastante grandiosa para compensar. Pero Holanda también puede ser agradable. Hay pequeños pueblecillos en Friesland, lugares de importancia en el siglo XVI y que ahora andan por los mil habitantes, que poseen magníficos ayuntamientos del Renacimiento y del barroco, con fachadas que se ciernen sobre pequeñas plazas adormiladas y más escalinatas... como Napoleón despidiéndose de la Vieja Guardia en Fontainebleau.

En el interior, linóleo blanco y negro. Corredores asépticos, con ventanillas corredoras de cristal para proteger al funcionario del contagioso y tosedor público. Varios deprimidos miembros del antedicho público, aguardaban a que se les hiciera caso y que se les dejara amablemente registrar el nacimiento de un niño, pero sólo en el caso en que el nombre estuviera aprobado en el Manual para Funcionarios del Estado Civil. Al final, un despacho aireado, luminoso y recién pintado.

El burgomaestre se levantó de su mesa al hacerme entrar una mujer pulcra y con aspecto muy competente. Tenía una cara mullida y de expresión firme; en fin, el retrato de un auténtico burgomaestre. Más adelante, su retrato podría colgar en algún pomposo marco, mirando con benignidad a las parejas que se casaban. No precisamente en la misma pared de los desvaídos y sentimentales retratos de la realeza, pero en lugar preferente, relegado por un municipio agradecido, después de su retiro, apuesto y con plateados cabellos. Pero no parecía ser un Don Nadie. Yo ya había comprendido que no podía ser ningún zoquete. Aquel hombre estaba a la cabeza de una ciudad en expansión, que se convertiría en una comunidad industrial cuya población estimada dentro de veinte años sería del

orden de los sesenta mil habitantes. Ya estaba en camino de conseguirlo, y esa era su obra.

–Buenos días, burgomaestre.

–Buenos días. Me alegro de conocerle –se volvió hacia su secretaria, que estaba a la expectativa con expresión alerta, si bien impersonal–. No estoy para nadie, tengo una conferencia.

–Muy bien, burgomaestre.

Cerró la puerta vivamente.

–Dispongo de una hora. Siéntese, señor Van der Valk, tratemos de conocernos el uno al otro, y veamos qué es lo que podemos hacer el uno por el otro.

Una hora más tarde había conseguido mucho. Acceso a todo; pulcros montoncitos de preocupante información en todo su detalle; garantías de toda la colaboración posible; un entusiasta apretón de manos y una solicitud de que se le hiciera un informe verbal cuando menos dos veces por semana en su casa. Eso sería lo más discreto. No había necesidad de que los concejales del municipio conocieran su pequeño secreto. Yo era una molestia, preferiría verme lo menos posible de forma oficial. Me di perfecta cuenta de cuánto le disgustaba aquel juego de escondite, pero se le había convencido de su necesidad.

Me presentaron a una secretaria, que fue una gran ayuda. Yo me había estado preguntando dónde demonios me iba a alojar, y qué sentido tenía traer a mi mujer. Fue entonces cuando descubrí que la máquina se había puesto, efectivamente, en marcha y que la mano del Procureur-Général había llegado incluso hasta aquel pequeño tentáculo del Gobierno central.

–Me han dado instrucciones, señor Van der Valk –brillante, muy eficaz, y tan consciente como orgullosa de sí misma– que pasará usted algunas semanas entre nosotros. Se alegrará de saber que dispongo de una casa amueblada para usted. Oh, no es más que una casa pequeña, pero por lo menos no tendrá que depender de los

hoteles. Es que, ¿sabe?, con bastante frecuencia tenemos que alojar a empleados oficiales: inspectores, jefes de departamento, gente cuyas casas particulares y demás posesiones no están aún listas, o que permanecen aquí temporalmente, como en su caso. Ya han venido antes otros funcionarios desde La Haya para este tipo de exploración administrativa. Me temo que los muebles no sean ninguna maravilla, pero al menos son adecuados. En realidad, la casa viene a dar la impresión de que no tiene dueño, lo que por otra parte es cierto. Espero que su esposa se encuentre cómoda, pero si necesitan, tanto usted como ella, cualquier cosa, no tienen más que pedírmela, cualquier cosa, me encanta ser útil.

Así de fácil. En cuestión de una semana estaría instalado, junto con Arlette y varias maletas, en la Mimosastraat de Zwinderen, provincia de Drente. Con acceso a todo. Yo ya había dispuesto que los niños se quedaran a vivir en casa del inspector Suykerland y su mujer, de la policía de Amsterdam. Comerían muy mal, pero les encantaba la idea. Parecían unas vacaciones. Lo único que yo tenía que hacer era resolver un asunto que no sólo había derrotado a un montón de personas tan inteligentes como yo, sino que, después de sufrir tantas botazas llenas de pies planos resultaba ya prácticamente inabordable.

5

Ya me habían apartado de todos mis deberes normales. El señor Tak estaba molesto, pero hundido por una tajante carta del Prinsengracht. En el momento de trasladarnos, había pasado seis días estudiando, pero sobre el papel, sólo sobre el papel, la vida de Zwinderen, un pequeño y fosilizado mercado, hacia la época en que yo iba al colegio, a un tiro de piedra de la protestante Alemania del Norte; ahora se había convertido en la frontera del gran